

En bolina a rabiar

Con vientos de fuerza cinco, pocos son los patrones que no se pongan al paio, tomen rizos o abandonen la regata. Yo, no; yo prefiero jugármela navegando en bolina y está por ser el día en que rompa el primer mástil o quede con la quilla mirando las nubes. Cuestión de temple.

Fuera del mar no me conduzco con mayor prudencia. Acepto siempre el riesgo. Si hubiese nacido varón se me habría quedado pequeño este pueblo hace ya muchos años, pero he nacido maestra de escuela, como mi padre y con la sangre caliente como mi abuelo Balsa, que a más de marino fue corsario para cierta república del Caribe. De él aprendí a ponerle cara a cualquier viento y a tomarme las cosas de este mundo con la escasa seriedad que merecen. Por eso hay quien dice lo que dice de mí, y bien poco que se me importa.

Si hubiese seguido el ejemplo paterno es bien seguro que no habría pasado de hacer unas oposiciones a instituto. Pero yo tenía ambiciones a la edad en que otras nenas juegan a las casitas. Me hice maestra, claro, pero con la idea de ser mi propio patrón. Por eso estoy aquí, agarrando la rueda de este timón, y con los pies bien firmes sobre la cubierta de estos ocho metros de obra muerta. Este barco, y el anterior, y el anterior, salieron del mismo sitio: de un dinero bien invertido. La pequeña academia no daba mucho, pero sí dio lo suficiente como para el traspaso de aquel bajo que nadie quería y que hoy es la primera tienda de ropa náutica de la costa. Luego vino lo de la representación de efectos navales. Y luego Andrés...

Andrés, que está ahí abajo, en el camarote, cuidando de Alicia y su mareo. Sosteniéndole la cabeza seguramente y dándole pequeños sorbos de café. Solícito, como siempre. Regalándole los oídos de mimos y cariños, como siempre. Cuando deje de vomitar y lamentarse seguro que volverá a besarla apasionadamente. A Andrés le encantan la palidez y la debilidad. Sería incapaz de resistirse a Margarita Gautier. Sobre todo si Margarita Gautier se hubiese mareado en una regata.

Llevamos tres años así. Dando que hablar. Componiendo un triángulo escaleno. Ningún ángulo, ningún lado, iguales. Ni coincidimos en nada él y yo, ni coinciden ellos entre sí por más que se empeñen. Es el espejismo del adulterio que hace que todo se vea color carne. No es cierto que él me quiera. Me quiso. Cuando los dos éramos una pareja luchadora y sin medios, cuando no teníamos otra diversión que hacer el amor en la playa, bajo el sol, frente al mar, como dos buenos salvajes. Decía que me quería. Lo sigue diciendo, pero ya no es cierto. Ahora está algo viejo, algo cansado y ha comenzado a quererse a sí mismo más que a ninguna otra cosa. Se ama. No hay más que ver cómo cuida su bronceado, sus camisas de seda, la raya de sus pantalones blanquísimos. No hay más que ver cómo está pendiente a atraer la mirada de los demás para saber

que nada le importan los demás. Ni siquiera yo. Ni siquiera Alicia que tiene toda la clase, la distinción y el chic que yo nunca tuve y que conserva su cuerpo medio virgen en aceites hidratantes.

¡Pobre Alicia! Quince años de íntimas amigas para llegar a esto. Antes decía que me quería y todavía lo sigue diciendo cuando él no está presente. Pero yo sé que no es cierto. No como antes. Ahora soy su rival. O eso cree ella, porque no hay tal rivalidad. Si acaso una inconsciente tendencia a la comparación. Y no por mi parte. Por la suya. En estos tres años ha tenido tiempo suficiente como para componer una larga lista de cualidades y defectos que ambas compartimos. Las dos somos espíritus románticos, dados a la aventura, impulsivos, generosos. Con una generosidad y un ansia de vida que él no tiene y que ha buscado en nosotros dos de forma sucesiva. Él es quien compara. Conscientemente. A veces descaradamente. Sobre esta misma cubierta ella y yo —estoy segura— nos hemos sentido medidas por unos ojos ávidos, escrutadores de nuestras formas. ¡Qué vergüenza! ¡Qué íntima y penosa vergüenza la de sentirse esclava de un esclavo! El nunca fue otra cosa. Un triste esclavo de sus sentidos sin más ánimo para satisfacerlos que el de mendigar limosnas sexuales. Limosnas que le hemos dado todas. Yo y las demás. Porque Andrés sabe pedir. Es su única virtud. Pide con las manos, con los ojos, con esos malditos labios suyos siempre tan húmedos, tan cálidos. Su única virtud. El resto son cualidades de hermoso animal. ¡Pobre Alicia! Seguramente has dejado ya de vomitar y él te está secando el sudor, besándote en la frente, como a una niña. Una niña mayor que él, mayor que yo, pero mucho menos gastada que nosotros. ¡Cómo ibas a estarlo, tú, que nunca has hecho otra cosa que pintar marinas y organizar exposiciones colectivas a beneficio de cualquier clase de desgraciados! Siempre nos ha llamado la atención la lozanía de tu rostro, que, sí, que ya sabemos que está muy maquillado, muy cuidado, pero que nos atrae hasta hacernos olvidar tu condición de niña mimada que hace muchos años que ha dejado de jugar con muñecas para jugar con títeres como el que ahora te cuida, solícito, galante, obsequioso, pendiente del menor de tus deseos. Para que no te canses, para que no te gastes y permanezcas así, bellísima, inalterable al paso del tiempo y del adulterio. Inalterable incluso a sus caricias. Las mismas que luego serán para otra, cuando le parezca que ya no puedes darle más. Entonces volverá a mí, como siempre, y tú volverás a ser la de antes, la amiga que siempre fuiste. Quizás entonces me lo cuentes todo. Todo lo que sé; vuestras escapadas a la ciudad, vuestras citas, vuestros más secretos mensajes, vuestro final desencanto. Y él vendrá también, por otro lado, a contarme la misma historia que tú me cuentas. Y entre los dos no habrá más culpable que el otro. O yo misma. Aunque ninguno se atreva a decirlo: ni tú, ni él ni yo.

Os estoy oyendo. Por encima del ruido de las olas que parte el casco, por encima del viento que silba en los stays, oigo vuestra risa sofocada y puedo adivinar por qué dejáis de reír, por qué no se escucha nada. Si, de pronto, no existiese el mar, ni esta regata, escandalizaríais a los peces con vuestros gemidos. Hace rato que no os oigo. Sólo puedo imaginaros, imaginar vuestras bocas mentirosas entregadas la una a la otra. Sabéis que la singladura es larga, que yo estoy aquí, al timón, amarrada como un perro fiel, vigilante de vuestro gozo, envidiosa de él.

Os estoy oyendo. Nada puedo hacer sino escuchar vuestros gemidos. Fuerzo la escora del barco y es mayor el golpe de mar. Aun así os escucho. Debe ser la caracola de los celos lo que suena en mi oído, sino no es posible. Si fijo la vista en el horizonte también me es posible veros. Abrazados. Entregados a eso que llamáis seguramente pasión, y que no es otra cosa que capricho. Tuyo y de él. Capricho de tener lo que no se debe. La fruta prohibida sobre las olas del mar y yo ladrándole al viento. mi rencor.

He virado para tomar nuevo rumbo. El cabeceo del barco no lo ha sentido ninguno de los dos. Nadie ha venido a la escotilla, siquiera a protestar, siquiera a decir que os encontráis mejor. Y es porque debéis haberos dormido. A él le pasa siempre. A ti, Alicia, no sé. Desconozco tus costumbres, tu comportamiento después del amor. Supongo que te has desmayado. Es muy propio de ti. Te imagino rota como una marioneta, con el pelo suelto sobre la cara y un brazo delicadamente caído al suelo. A él no tengo necesidad de imaginármelo. Se habrá dormido sobre ti, como un tigre sobre su presa. ¡Pobre Alicia!

El viento ha rolado a nordeste. Ya no queda nadie en el campo de regata. Todos han tomado sus tiempos y se han ido a puerto. Está oscureciendo. Estos cirros bajos y esta fuerza del viento... Debería llamaros para la maniobra.

El viento ha vuelto a rolar a norte y su fuerza ha aumentado. Los grimpolines del stay de babor se han desprendido y el foque ha comenzado a flamear peligrosamente. Debería ponerme al paio y llamaros. Debería haberos llamado hace tiempo, hace años, cuando era tiempo para los tres, cuando todo tenía arreglo y la atracción entre vosotros no era más que simpatía y admiración mutua. Ahora ya es tarde. Ahora no puedo llamaros. Seguid durmiendo. Seguid aletargados en vuestro sueño de amor. No seré yo quien os despierte.

En bolina, en bolina a rabiar contra un viento de fuerza cinco el romper de las olas es continuo y su ritmo un latido sordo y monótono. La caña del timón me transmite la fuerza de los elementos que trato de someter. Cobro escota. La escora del barco no la acusan vuestros cuerpos que se han adormecido sobre esa litera flotante. Sois ajenos a todo. Al viento, al mar, a mi sufrir. Fijo el timón y me visto el chaleco. Vuelvo a cobrar escota de la mayor enfilando la proximidad de los farallones. Sé que al llegar a ellos se producirá un vacío y el barco se volverá sobre sí mismo, que caerá a estribor con la energía de un gran resorte que se acaba de romper, y estará en pocos segundos con la quilla al cielo. Cuando lo haga saltaré por la borda. No quiero despertaros. Tampoco querría daros auxilio cuando os vea hundiros. Será todo muy breve. La escotilla está medio atrancada y los ojos de buey semiabiertos. Será rápido. Cuando se inunde el camarote, cuando sólo la quilla sea visible, nadaré hasta el casco para esperar socorro. Mientras tanto me quedaré a distancia, unas brazas, las suficientes como para no poder escuchar vuestras últimas mentiras.

Fernando Güemes